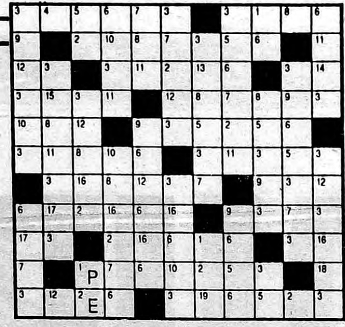
EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION VIERNES



AURELIA PARIS

Página/2/3



Verano/12

PANTERA

(Por Manuel Vicent) El sol apenas amanecido iluminó el desayuno de la pantera. En la llanura había hermosas criaturas que eran bien gratas al paladar: gacelas de color miel, gamuzas muy tiernas, corzas de lustrosa culata. Entre esa variedad de manjares, un joven antílope fue elegido con toda naturalidad para ser devorado, y Vivaldi pudo haber extraído un delicado fragmento musical describiendo esta breve cacería. La pantera trazó un ángulo agudo en el aire sobre la extensión de los helechos, y esto produjo una estampida en los diversos rebaños, quedando en medio de la confusión la víctima aislada. Al instante, se inició la persecución en aquella mañana de oro. La pantera y el antílope, que parecían retozar, lanzaron sus musculaturas por la llanura en una especie de vuelo rematado siempre por distintos quiebros llenos de armonía, pero el antílope sabía que iba a morir y corría con lágrimas en los ojos. Todo eso sucedía bajo el silencio de una alta y desconocida deidad que presidía el firmamento. La crueldad de la pantera generaba una gran belleza en sus movimientos; la elegancia del antílope se derivaba de su propio pánico. En esta llanura tan ancha como el mundo había otras criaturas —insectos, saurios, canes silvestres, monos y seres humanos— que también mataban y morían, pero ninguna de ellas ejercía ese rito ejecutando una danza tan pura. Mientras la pantera y el antílope cerraban con sus cuerpos unas ráfagas cada vez más ceñidas en torno a la muerte, nadie hubiera podido negar que en la llanura cantaban los pájaros, se acariciaban otras fieras entre las flores y exhalaba el horizonte un vapor vegetal donde los íntimos matices celestes se expresaban. Hubo un momento en que el antílope aceptó el sacrificio. Dejó de correr y miró hacia arriba de forma indefinida y llorando, y pronto se sintió penetrado por el fulgor de la geometría. Con alta precisión una garra de la pantera halló su yugular, y así finalizó aquella representación. Todo eso sucedía bajo la sonrisa de una desconocida deidad cuyas sandalias estaban teñidas con la sangre de otros antílopes.

Llevaba escritas ya una veintena de novelas, varios libros de cuentos, obras de teatro y guiones de cine —*Hiroshima mon amour,* que filmó Alain Resnais, entre ellos— cuando se convirtió por primera vez, a los setenta años, en best-seller, con *El amante,* Premio Goncourt 1984. Marguerite Duras, autora de

AUREL

Por Marguerite Duras

Soy, detrás de los cristales está el bosque, y el viento ha llegado. Las rosas estaban allá en aquel otro país del Norte. La niña no las conoce. Nunca ha visto las rosas ahora muertas ni los campos ni el amor.

La niña está en la ventana de la torre, ha separado ligeramente las cortinas negras y mira el bosque. La lluvia ha cesado. Es casi de noche pero tras el cristal el cielo es todavía azul. La torre es cuadrada, muy alta, de cemento negro. La niña está en el último piso, ve otras torres sucediéndose a intervalos, igualmente negras. Nunca ha bajado al bosque.

La niña deja la ventana y se pone a cantar un canto extranjero en una lengua que no comprende. Aún se ve bien en la habitación. Se mira en el espejo. Ve cabellos negros y la claridad de los ojos. Los ojos son de un azul muy oscuro. La niña no lo sabe. Del mismo modo, tampoco sabe que siempre ha conocido esa canción. No recuerda haberla aprendido.

Alguien llora. Es la mujer que cuida a la niña, que la lava y que la alimenta. El piso es grande, casi vacío, casi todo ha sido vendido. La mujer está en la entrada, sentada en una silla, a su lado hay un revólver. La niña lo ha visto siempre allí, a la espera de la policía alemana. Noche y día, la niña no sabe desde cuántos años antes la mujer espera. Lo que la niña sabe es que cuando la mujer oiga la palabra *polizei* detrás de la puerta, la mujer abrirá y matará a todos, primero a ellos y a continuación a ellas dos.

La niña va a correr las cortinas negras, luego se dirige hacia su cama, enciende la pequeña lámpara de su escritorio. Bajo la lámpara, el gato se endereza bajo la luz. A su alrededor, en montones desordenados, están los periódicos sobre las últimas operaciones del ejército del Reich con los cuales la mujer ha enseñado a escribir a la niña. Junto al gato, tirada por el suelo y tiesa, hay una mariposa muerta de color de polvo pardusco.

La niña se sienta en la cama cara al gato. El gato bosteza; se estira y a su vez se sienta frente a ella. Tienen los ojos a la misma altura. Miran. Suenan el canto judío, la niña lo canta para el gato. El gato se acuesta sobre la mesa y la niña lo acaricia, lo escucha. Luego coge la mariposa muerta, se la enseña al gato, la mira haciendo una mueca en broma, y luego canta de nuevo el canto judío. Luego los ojos del gato y de la niña se miran de nuevo.

Desde lo profundo del cielo, llega de repente. La guerra. El ruido. Desde el pasillo la mujer grita que corra las cortinas, que no se olvide. Los grandes bloques de acero empiezan a pasar por encima del bosque. La mujer grita:

—¡Háblame!

—Quedan seis minutos —dice la niña. Cierra los ojos.

El punto máximo del ruido que se aproxima, la carga de muerte, los vientres llenos de bombas, lisos, dispuestos a abrirse.

—Están aquí. Cierra los ojos.

La niña mira sus pequeñas manos flacas sobre el gato. Tiemblan como los muros, los cristales, el aire, las torres, los árboles del bosque. La mujer grita:

—¡Ven!

Siempre pasan de largo. Llegan un poco después de lo que ha dicho la niña. En lo más fuerte del ruido, brutalmente, el otro ruido. El de las puntas aceradas de los cañones antiaéreos.

Nada cae del cielo, ninguna baja, ningún clamor. La masa intacta de la escuadrilla se desliza por el cielo.

—¿Adónde van? —grita la mujer.

—Berlín —dice la niña.

—Ven.

La niña atraviesa la habitación negra. Se reúne con la mujer. Donde ella está hay luz. Donde ella está, ninguna ventana, ninguna abertura al exterior, es el final del pasillo, la puerta de entrada, por ahí tienen que llegar. Una bombilla colgada en la pared ilumina la guerra. La mujer está ahí para cuidar de la vida de la niña. Se ha puesto un *jersey* sobre las rodillas. Ya no se oye nada excepto, lejos, una sucesión de cañonazos. La niña se sienta a los pies de la mujer, dice:

—El gato ha matado una mariposa.

La mujer y la niña se quedan un buen rato abrazadas llorando y callando alegremente como cada noche.

La mujer dice:

—He vuelto a llorar, cada día lloro por el admirable error de la vida.

Se ríen. La mujer acaricia la madeja de seda, los rizos negros. El ruido se sigue alejando. La niña dice:

—Han cruzado el Rhin.

Ya no hay más que el ruido de las ráfagas de viento en el bosque. La mujer ha olvidado.

—¿Adónde van?

—Berlín —dice la niña.

—Es verdad, es verdad...

Se ríen. La mujer pregunta:

—¿Qué va a ser de nosotras?

—Vamos a morir —dice la niña—, tú nos vas a matar.

—Sí —dice la mujer, y deja de reír. Tienes frío.

Le toca el brazo.

La niña no contesta a la mujer, ríe. Dice:

—Al gato lo llamo *Aranacha.*

—*Aranacha* —repite la mujer.

La niña se ríe muy fuerte. La mujer se ríe con ella y luego cierra los ojos y toca el pequeño cuerpo.

—Estás delgada —dice la mujer. Tus huesecitos debajo de la piel.

La niña se ríe de todo lo que dice la mujer. Ocurre a menudo al caer la noche, la niña se ríe por todo.

Y luego se ponen a cantar el canto judío. Luego la mujer explica:

—Excepto este pequeño rectángulo de algodón blanco cosido en el interior de tu vestido, no sabemos nada de ti. Había las letras A.S. y una fecha de nacimiento. Tienes siete años.

La niña escucha el silencio. Dice:

—Han llegado sobre Berlín —hace una pausa—, ya está.

Rechaza brutalmente a la mujer, la golpea, luego se levanta y se va. Atraviesa los pasillos, no tropieza con nada. La mujer la oye cantar.

Los cañones antiaéreos de nuevo contra el acero de los fuselajes azules. La niña llama a la mujer.

—Misión cumplida —dice la niña. Vuelven.

El ruido aumenta, ordenado, prolongado, en fluir continuo. Menos intenso que a la ida.

—No han tocado ni uno —dice la niña.

—¿Cuántos muertos? —pregunta la mujer.

—Cincuenta mil —dice la niña.

La mujer aplaude.

—Qué felicidad —dice la mujer.

—Han dejado atrás el bosque —dice la niña, van hacia el mar.

—Qué felicidad, qué felicidad —dice la mujer.

—Escucha —dice la niña—, van a cruzar el mar.

Esperan.

—Ya está —dice la niña—, han cruzado el mar.

La mujer habla sola. Dice que todos los niños van a ser asesinados. La niña ríe. Dice al gato:

—Oye cómo llora. Es para que yo vaya.



AURELIA PARIS

Llevaba escritas ya una veintena de novelas, varios libros de cuentos, obras de teatro y guiones de cine —*Hiroshima mon amour*, que filmó Alain Resnais, entre ellos— cuando se convirtió por primera vez, a los setenta años, en best-seller, con *El amante*, Premio Goncourt 1984. Marguerite Duras, autora de este relato de **Verano/12,** nació cerca de Saigón en 1914. Hija de padres franceses, se trasladó a París en 1927 para estudiar derecho, matemáticas y ciencias políticas. A la edad de veintinueve publicó su primera novela, *Les imprudentes,* a las que siguieron, entre las más conocidas, *Le Square, Moderato Cantabile* y *El vicecónsul.*

Por Marguerite Duras

Soy, detrás de los cristales está el bosque, y el viento ha llegado. Las rosas estaban allá en aquel otro país del Norte. La niña no las conoce. Nunca ha visto las rosas ahora muertas ni los campos ni el amor.

La niña está en la ventana de la torre, ha separado ligeramente las cortinas negras y mira el bosque. La lluvia ha cesado. Es casi de noche pero tras el cristal el cielo es todavía azul. La torre es cuadrada, muy alta, de cemento negro. La niña está en el último piso, ve otras torres sucediéndose a intervalos, igualmente negras. Nunca ha bajado al bosque.

La niña deja la ventana y se pone a cantar un canto extranjero en una lengua que no comprende. Aún se ve bien en la habitación. Se mira en el espejo. Ve cabellos negros y la claridad de los ojos. Los ojos son de un azul muy oscuro. La niña no lo sabe. Del mismo modo, tampoco sabe que siempre ha conocido esa canción. No recuerda haberla aprendido.

Alguien llora. Es la mujer que cuida a la niña, que la lava y que la alimenta. El piso es grande, casi vacío, casi todo ha sido vendido. La mujer está en la entrada, sentada en una silla, a su lado hay un revólver. La niña lo ha visto siempre allí, a la espera de la policía alemana. Noche y día, la niña no sabe desde cuántos años antes la mujer espera. Lo que la niña sabe es que cuando la mujer oiga la palabra *polizei* detrás de la puerta, la mujer abrirá y matará a todos, primero a ellos y a continuación a ellas dos.

La niña va a correr las cortinas negras, luego se dirige hacia su cama, enciende la pequeña lámpara de su escritorio. Bajo la lámpara, el gato se endereza bajo la luz. A su alrededor, en montones desordenados, están los periódicos sobre las últimas operaciones del ejército del Reich con los cuales la mujer ha enseñado a escribir a la niña. Junto al gato, tirada por el suelo y tiesa, hay una mariposa muerta de color de polvo parduzco.

La niña se sienta en la cama cara al gato. El gato bosteza; se estira y a su vez se sienta frente a ella. Tienen los ojos a la misma altura. Miran. Suenan el canto judío, la niña lo canta para el gato. El gato se acuesta sobre la mesa y la niña lo acaricia, lo escucha. Luego coge la mariposa muerta, se la enseña al gato, la mira haciendo una mueca en broma, y luego canta de nuevo el canto judío. Luego los ojos del gato y de la niña se miran de nuevo.

Desde lo profundo del cielo, llega de repente. La guerra. El ruido. Desde el pasillo la mujer grita que corra las cortinas, que no se olvide. Los grandes bloques de acero empiezan a pasar por encima del bosque. La mujer grita:

—¡Háblame!

—Quedan seis minutos —dice la niña. Cierra los ojos.

El punto máximo del ruido que se aproxima, la carga de muerte, los vientres llenos de bombas, lisos, dispuestos a abrirse.

—Están aquí. Cierra los ojos.

La niña mira sus pequeñas manos flacas sobre el gato. Tiemblan como los muros, los cristales, el aire, las torres, los árboles del bosque. La mujer grita:

—¡Ven!

Siempre pasan de largo. Llegan un poco después de lo que ha dicho la niña. En lo más fuerte del ruido, brutalmente, el otro ruido. El de las puntas aceradas de los cañones antiaéreos.

Nada cae del cielo, ninguna baja, ningún clamor. La masa intacta de la escuadrilla se desliza por el cielo.

—¿Adónde van? —grita la mujer.

—Berlín —dice la niña.

—Ven.

La niña atraviesa la habitación negra. Se reúne con la mujer. Donde ella está hay luz. Donde ella está, ninguna ventana, ninguna abertura al exterior, es el final del pasillo, la puerta de entrada, por ahí tienen que llegar. Una bombilla colgada en la pared ilumina la guerra. La mujer está ahí para cuidar de la vida de la niña. Se ha puesto un *jersey* sobre las rodillas. Ya no se oye nada excepto, lejos, una sucesión de cañonazos. La niña se sienta a los pies de la mujer, dice:

—El gato ha matado una mariposa.

La mujer y la niña se quedan un buen rato abrazadas llorando y callando alegremente como cada noche.

La mujer dice:

—He vuelto a llorar, cada día lloro por el admirable error de la vida.

Se ríen. La mujer acaricia la madeja de seda, los rizos negros. El ruido se sigue alejando. La niña dice:

—Han cruzado el Rhin.

Ya no hay más que el ruido de las ráfagas de viento en el bosque. La mujer ha olvidado.

—¿Adónde van?

—Berlín —dice la niña.

—Es verdad, es verdad...

Se ríen. La mujer pregunta:

—¿Qué va a ser de nosotras?

—Vamos a morir —dice la niña—, tú nos vas a matar.

—Sí —dice la mujer, y deja de reír. Tienes frío.

Le toca el brazo.

La niña no contesta a la mujer, ríe. Dice:

—Al gato lo llamo *Aranacha.*

—*Aranacha* —repite la mujer.

La niña se ríe muy fuerte. La mujer se ríe con ella y luego cierra los ojos y toca el pequeño cuerpo.

—Estás delgada —dice la mujer. Tus huesecitos debajo de la piel.

La niña se ríe de todo lo que dice la mujer. Ocurre a menudo al caer la noche, la niña se ríe por todo.

Y luego se ponen a cantar el canto judío. Luego la mujer explica:

—Excepto este pequeño rectángulo de algodón blanco cosido en el interior de tu vestido, no sabemos nada de ti. Había las letras A.S. y una fecha de nacimiento. Tienes siete años.

La niña escucha el silencio. Dice:

—Han llegado sobre Berlín —hace una pausa—, ya está.

Rechaza brutalmente a la mujer, la golpea, luego se levanta y se va. Atraviesa los pasillos, no tropieza con nada. La mujer la oye cantar.

Los cañones antiaéreos de nuevo contra el acero de los fuselajes azules. La niña llama a la mujer.

—Misión cumplida —dice la niña. Vuelven.

El ruido aumenta, ordenado, prolongado, en fluir continuo. Menos intenso que a la ida.

—No han tocado ni uno —dice la niña.

—¿Cuántos muertos? —pregunta la mujer.

—Cincuenta mil —dice la niña.

La mujer aplaude.

—Qué felicidad —dice la mujer.

—Han dejado atrás el bosque —dice la niña, van hacia el mar.

—Qué felicidad, qué felicidad —dice la mujer.

—Escucha —dice la niña—, van a cruzar el mar.

Esperan.

—Ya está —dice la niña—, han cruzado el mar.

La mujer habla sola. Dice que todos los niños van a ser asesinados. La niña ríe. Dice al gato:

—Oye cómo llora. Es para que yo vaya.



Tiene miedo.

La niña se mira en el espejo y se habla:

—Soy judía —dice la niña—, judía.

La niña se acerca al espejo y se mira.

—Mi madre tenía una tienda en la *rue des Rosiers* en París.

Señala el pasillo.

—Me lo ha dicho ella.

La niña habla al gato, habla.

—A veces quiero morir —dice la niña, y añade—:

Mi padre, creo que era un gran viajante, venía de Siria.

Desde el fondo del espacio exterior el recomenzar del zumbido. La niña grita:

—Vuelven.

La mujer ha oído la segunda carga de muerte. Esperan.

—¿Dónde es esta vez?

La niña cierra los ojos para oír mejor. Dice:

—Hacia Düsseldorf.

La niña ha escondido la cabeza entre las manos, tiene miedo. A lo lejos, la mujer del pasillo recita la lista de ciudades del Palatinado, pide a Dios la masacre de las poblaciones alemanas.

—Tengo miedo —dice la niña.

La mujer no ha oído.

El gato se ha marchado, está en los pasillos sin luz, donde el ruido es menos fuerte.

—Tengo miedo —repite la niña.

—¿Son muchos? —pregunta la mujer.

—Mil —dice la niña—. Están aquí.

Ya está, han alcanzado el bosque. Pasan de largo.

La electricidad se apaga.

—Quisiera que cayeran —exclama la niña—, quisiera que se hubiera acabado.

La mujer grita a la niña que se calle, que es vergonzoso.

La mujer reza, recita, en voz muy alta, de loca, una oración aprendida en la infancia. Y luego, de pronto, la niña grita en la oscuridad:

—El bosque.

De pronto, el fin del mundo, la raspadura enorme que se estrella, el estrépito, el clamor y luego, el incendio, la luz.

Por encima, la escuadrilla avanza.

El avión caído es abandonado.

La niña levanta la cortina y mira el fuego. No está lejos de la torre.

La niña busca la forma del aviador inglés. La mujer grita en la oscuridad:

—Ven, ven conmigo.

La niña va.

—Es un avión inglés, ha caído justo al lado —dice la niña.

Dice que el bosque arde, justo al lado, debajo de la torre, un poco más allá. Que todo está desierto aparte del fuego.

La niña quisiera ir a ver el avión caído. La mujer dice que ella no quiere ver eso, una cosa semejante. La niña insiste, dice que el aviador está muerto, que no, sólo es fuego, que vaya con ella.

La mujer llora, dice que no vale la pena.

—Si lo hubiera sabido, en fin, no hablemos más, porque total no tengo nada contra esta niña..., nada..., hubiera preferido que fueran judíos los que se ocuparan de ella, y además más jóvenes..., ¿pero cómo...? Se fueron los dos, durante la noche, un tren de trece vagones, ¿pero adónde se fueron? ¿Y cómo hacer para probar que su hija es ella? ¿Cómo...? Si vuelven, dicen que sí, ¿por qué no...? La niña crece demasiado de prisa, dicen que es la falta de alimento..., siete años según el pequeño rectángulo blanco del *jersey*...

La niña escucha a la mujer. A veces estalla en carcajadas y la mujer vuelve a la realidad. Pregunta qué sucede, quién ha hablado y adónde han ido.

—Mannheim —dice la niña— o bien Francfort, o bien Munich, o bien Leipzig, o bien Berlín —hace una pausa—, o bien Nimega.

La mujer dice que quiere a esta niña, mucho. Luego se calla. Luego dice de nuevo que la quiere mucho. La niña la sacude ligeramente. Dice:

—Entonces ella subió corriendo, ¿llevaba una niña?

—Así es.

—¿Quién?

—Tu madre —dice la mujer.

—"Tome la niña, tengo que hacer una compra urgente" —dice la niña.

—Eso es, "tengo que hacer una compra urgente, vuelvo dentro de diez minutos".

—"¿Ruido en la escalera?"

—Sí. La policía alemana.

—¿Luego, nada más?

—Nunca.

La niña coloca la cabeza en las rodillas de la mujer para que la mujer le acaricie los cabellos.

La mujer acaricia los cabellos de la niña como ella quiere, con fuerza, y le habla de su propia vida. Luego su mano se detiene. Pregunta:

—¿Qué, dónde están ésos?

—Lieja —dice la niña—, están regresando.

La niña pregunta a la mujer:

—¿Quién era el que ha muerto?

La mujer le cuenta una historia de aviador inglés.

La niña estrecha a la mujer entre sus brazos. La mujer se queja.

—Abrázame, abrázame —dice la niña.

La mujer hace un esfuerzzo y acaricia los cabellos de la niña, después el sueño es más fuerte. De barrio en barrio en la ciudad las sirenas del final de la alerta.

—Dime su nombre —dice la niña.

—¿El nombre de quién? —pregunta la mujer.

—De quien tú quieras.

—Steiner —dice la mujer—. Es lo que la policía gritaba.

El gato. Vuelve de una habitación lateral.

—Han vuelto —dice la niña—, van a cruzar el mar.

La niña se pone a acariciar el gato, primero distraídamente, luego cada vez más fuerte. Dice:

—También se ha comido una mosca.

La mujer escucha. Dice:

—No se les oye volver.

—Han pasado por el Norte —dice la niña.

Ya, en los cristales, el día. Penetra en el pasillo de la guerra.

El gato se echa sobre el lomo, ronronea de deseo loco de Aurélia. Aurélia se acuesta contra el gato.

Dice:

—Mi madre se llama Steiner.

Aurelia coloca la cabeza contra el vientre del gato.

El vientre está caliente, contiene el ronroneo del gato, amplio, un continente sepultado.

—Steiner Aurélia. Como yo.

Siempre esta habitación donde os escribo. Hoy, detrás de los cristales, estaba el bosque y el viento había llegado.

Las rosas han muerto en aquel otro país del Norte, rosa por rosa, llevadas por el invierno.

Anoche. Ahora ya no veo las palabras trazadas. Ya no veo nada más que mi mano inmóvil que ha dejado de escribiros. Pero tras el cristal de la ventana el cielo es todavía azul. El azul de los ojos de Aurélia habría sido más oscuro, ¿comprendéis?, sobre todo de noche, entonces habría perdido el color para convertirse en oscuridad límpida y sin fondo.

Me llamo Aurélia Steiner.

Vivo en París donde mis padres son profesores.

Tengo dieciocho años.

Escribo.

IA PARIS

este relato de **Verano/12,** nació cerca de Saigón en 1914. Hija de padres franceses, se trasladó a París en 1927 para estudiar derecho, matemáticas y ciencias políticas. A la edad de veintinueve publicó su primera novela, *Les imprudentes,* a las que siguieron, entre las más conocidas, *Le Square, Moderato Cantabile* y *El vicecónsul.*

Tiene miedo.

La niña se mira en el espejo y se habla:

—Soy judía —dice la niña—, judía.

La niña se acerca al espejo y se mira.

—Mi madre tenía una tienda en la *rue des Rosiers* en París.

Señala el pasillo.

—Me lo ha dicho ella.

La niña habla al gato, habla.

—A veces quiero morir —dice la niña, y añade—:

Mi padre, creo que era un gran viajante, venía de Siria.

Desde el fondo del espacio exterior el recomenzar del zumbido. La niña grita:

—Vuelven.

La mujer ha oído la segunda carga de muerte. Esperan.

—¿Dónde es esta vez?

La niña cierra los ojos para oír mejor. Dice:

—Hacia Düsseldorf.

La niña ha escondido la cabeza entre las manos, tiene miedo. A lo lejos, la mujer del pasillo recita la lista de ciudades del Palatinado, pide a Dios la masacre de las poblaciones alemanas.

—Tengo miedo —dice la niña.

La mujer no ha oído.

El gato se ha marchado, está en los pasillos sin luz, donde el ruido es menos fuerte.

—Tengo miedo —repite la niña.

—¿Son muchos? —pregunta la mujer.

—Mil —dice la niña—. Están aquí.

Ya está, han alcanzado el bosque. Pasan de largo.

La electricidad se apaga.

—Quisiera que cayeran —exclama la niña—, quisiera que se hubiera acabado.

La mujer grita a la niña que se calle, que es vergonzoso.

La mujer reza, recita, en voz muy alta, de loca, una oración aprendida en la infancia. Y luego, de pronto, la niña grita en la oscuridad:

—El bosque.

De pronto, el fin del mundo, la raspadura enorme que se estrella, el estrépito, el clamor y luego, el incendio, la luz.

Por encima, la escuadrilla avanza.

El avión caído es abandonado.

La niña levanta la cortina y mira el fuego. No está lejos de la torre.

La niña busca la forma del aviador inglés. La mujer grita en la oscuridad:

—Ven, ven conmigo.

La niña va.

—Es un avión inglés, ha caído justo al lado —dice la niña.

Dice que el bosque arde, justo al lado, debajo de la torre, un poco más allá. Que todo está desierto aparte del fuego.

La niña quisiera ir a ver el avión caído. La mujer dice que ella no quiere ver eso, una cosa semejante. La niña insiste, dice que el aviador está muerto, que no, sólo es fuego, que vaya con ella.

La mujer llora, dice que no vale la pena.

—Si lo hubiera sabido, en fin, no hablemos más, porque total no tengo nada contra esta niña..., nada..., hubiera preferido que fueran judíos los que se ocuparan de ella, y además más jóvenes..., ¿pero cómo...? Se fueron los dos, durante la noche, un tren de trece vagones, ¿pero adónde se fueron? ¿Y cómo hacer para probar que su hija es ella? ¿Cómo...? Si vuelven, dicen que sí, ¿por qué no...? La niña crece demasiado de prisa, dicen que es la falta de alimento..., siete años según el pequeño rectángulo blanco del *jersey*...

La niña escucha a la mujer. A veces estalla en carcajadas y la mujer vuelve a la realidad. Pregunta qué sucede, quién ha hablado y adónde han ido.

—Mannheim —dice la niña— o bien Francfort, o bien Munich, o bien Leipzig, o bien Berlín —hace una pausa—, o bien Nimega.

La mujer dice que quiere a esta niña, mucho. Luego se calla. Luego dice de nuevo que la quiere mucho. La niña la sacude ligeramente. Dice:

—Entonces ella subió corriendo, ¿llevaba una niña?

—Así es.

—¿Quién?

—Tu madre —dice la mujer.

—"Tome la niña, tengo que hacer una compra urgente" —dice la niña.

—Eso es, "tengo que hacer una compra urgente, vuelvo dentro de diez minutos".

—"¿Ruido en la escalera?"

—Sí. La policía alemana.

—¿Luego, nada más?

—Nunca.

La niña coloca la cabeza en las rodillas de la mujer para que la mujer le acaricie los cabellos.

La mujer acaricia los cabellos de la niña como ella quiere, con fuerza, y le habla de su propia vida. Luego su mano se detiene. Pregunta:

—¿Qué, dónde están ésos?

—Lejos —dice la niña—, están regresando.

La niña pregunta a la mujer:

—¿Quién era el que ha muerto?

La mujer le cuenta una historia de aviador inglés.

La niña estrecha a la mujer entre sus brazos. La mujer se queja.

—Abrázame, abrázame —dice la niña.

La mujer hace un esfuerzzo y acaricia los cabellos de la niña, después el sueño es más fuerte. De barrio en barrio en la ciudad las sirenas del final de la alerta.

—Dime su nombre —dice la niña.

—¿El nombre de quién? —pregunta la mujer.

—De quien tú quieras.

—Steiner —dice la mujer—. Es lo que la policía gritaba.

El gato. Vuelve de una habitación lateral.

—Han vuelto —dice la niña—, van a cruzar el mar.

La niña se pone a acariciar el gato, primero distraídamente, luego cada vez más fuerte. Dice:

—También se ha comido una mosca.

La mujer escucha. Dice:

—No se les oye volver.

—Han pasado por el Norte —dice la niña.

Ya, en los cristales, el día. Penetra en el pasillo de la guerra.

El gato se echa sobre el lomo, ronronea de deseo loco de Aurélia. Aurélia se acuesta contra el gato.

Dice:

—Mi madre se llama Steiner.

Aurelia coloca la cabeza contra el vientre del gato.

El vientre está caliente, contiene el ronroneo del gato, amplio, un continente sepultado.

—Steiner Aurélia. Como yo.

Siempre esta habitación donde os escribo. Hoy, detrás de los cristales, estaba el bosque y el viento había llegado.

Las rosas han muerto en aquel otro país del Norte, rosa por rosa, llevadas por el invierno.

Anoche. Ahora ya no veo las palabras trazadas. Ya no veo nada más que mi mano inmóvil que ha dejado de escribiros. Pero tras el cristal de la ventana el cielo es todavía azul. El azul de los ojos de Aurélia habría sido más oscuro, ¿comprendéis?, sobre todo de noche, entonces habría perdido el color para convertirse en oscuridad límpida y sin fondo.

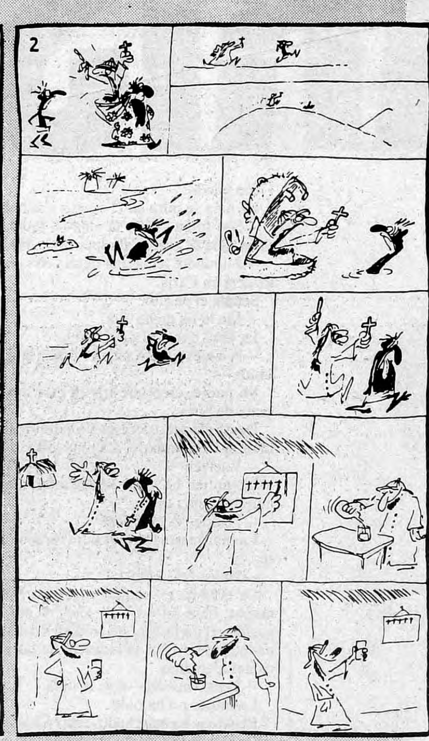
Me llamo Aurélia Steiner.

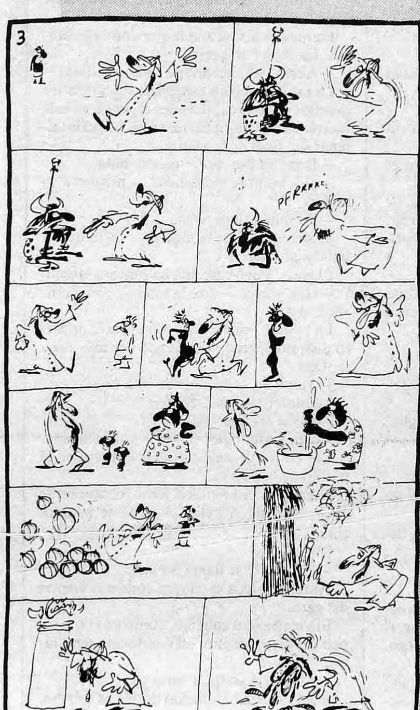
Vivo en París donde mis padres son profesores.

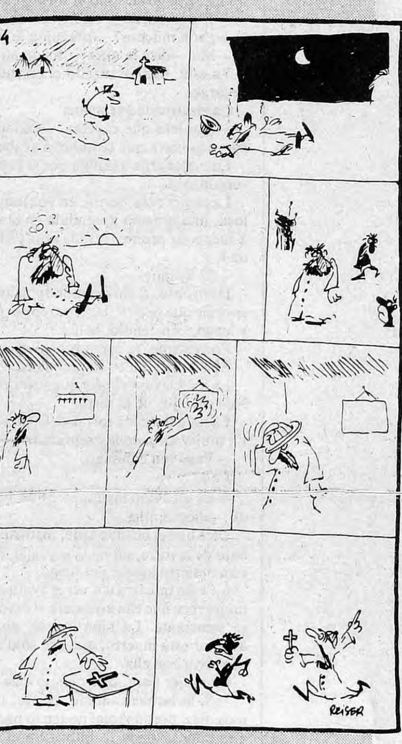
Tengo dieciocho años.

Escribo.

EL MISIONERO por Reiser



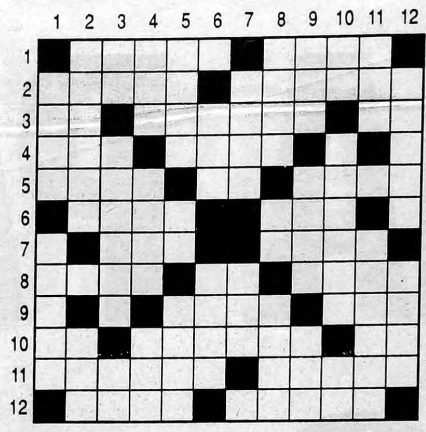




Gentileza Editions du Square

CRUCIGRAMA

Por D. J. Kozigian

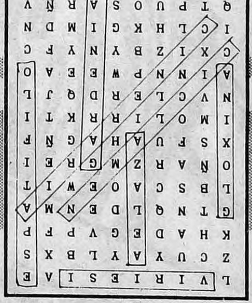


HORIZONTALES: 1. Barrio de Bs. As./ Tipo de billar. 2. Marca de autos estadounidense./ (... Imposible) Serie de TV. 3. Ciudad de Caldea./ Muerta./ Juego chino. 4. Oficial turco./ Gas que respiramos. 5. Madera para hacer fuego./ Otorga./ Adición. 6. Que no está acompañada./ Existir. 7. Gorro militar cilíndrico, con visera./ Pendientes. 8. Magneto./ Preposición./ Río ruso. 9. Grasa./ Conducto terminal del intestino. 10. Doctor./ País de América./ Nota musical. 11. Enfadado./ (... Plate) Equipo de fútbol. 12. Lo opuesto a "todo"./ (...Sársfield). Equipo de fútbol.

VERTICALES: 1. Doble./ Recordado film con Rita Hayworth. 2. (Jorge L.) Autor de "El Aleph"./ Río alemán. 3. Fuerza hipnótica./ Recordar con nostalgia./ Dios del Sol. 4. En psicología, yo./ Ala sin plumas./ Revista humorística estadounidense. 5. Prefijo: diez./ Campeón./ Tela fina. 6. (El... Campeador) Rodrigo Díaz de Vivar./ Hay sólo dos: masculino y femenino. 7. "En la... de los asesinos" (film)./ Río ruso. 8. Apisoné./ Violoncello siamés./ Amarillo oscuro. 9. Se atreve./ (... Girán) Grupo de rock./ (gas-...) Combustible. 10. Percibí con el oído./ Alba./ Percibe con los ojos. 11. Logaritmo./ Idiotez. 12. Arbol de la nuez./ Alabanza.

SOLUCION





SOPA DE PLANTAS DE INTERIOR

Encuentre en la sopa siete palabras referidas al título, que se encuentran en horizontal, vertical o diagonal, en uno u otro sentido. Como ayuda damos una palabra ya ubicada.

L	V	I	R	I	E	S	I	A	E
Z	C	U	Y	A	Y	L	B	X	S
K	H	A	D	E	G	V	P	F	P
G	T	N	Q	L	D	E	N	M	A
L	B	S	C	A	O	E	W	I	T
O	Ñ	A	R	Z	M	G	R	E	I
X	S	F	U	A	H	A	G	Ñ	F
I	M	O	L	I	R	R	K	T	I
N	V	C	L	E	R	D	Q	J	L
A	I	N	N	P	W	E	E	A	O
C	X	I	Z	B	Y	N	Y	F	C
I	C	L	H	K	G	I	M	D	N
Q	T	P	U	O	S	A	R	Ñ	V